



Cooperación y urgencia

El Financiero - 20 de febrero de 2020

No deberíamos ver los usos del nuevo poder como meros recursos distractores, evadiendo temas de fondo. Quizá, el discurso y los actos presidenciales, que sin pausa se hilvanan un día tras otro, más bien hablan de la búsqueda de un nuevo formato para desplegar visiones y asentar proyectos de gran calado que puedan sostenerse en programas y políticas del gobierno aunque, hasta ahora “el formato” no se ha plasmado en programas y políticas. Y, quizá lo más grave, es que habita y deambula por los corredores del Palacio una especie de negación sobre la utilidad del intercambio político de ideas y visiones, como lo mostró el propio presidente al desechar el Plan Nacional de Desarrollo y sustituirlo por una proclama de su autoría, sin haber pasado por un mínimo intercambio con el gabinete como exige todo ejercicio de planeación digno de tal nombre.

La necesidad de reconfigurar la economía mixta, que hizo posible el desarrollo del país por más de treinta años, debería ser una de las tareas prioritarias del gobierno. Desvencijada como la dejaron las veleidades neoliberales, no sirve ni como palanca de lanzamiento de una nueva estrategia ni como red de protección frente a las oscilaciones que hoy marcan a la economía mundial de la que somos parte. Menos puede esperarse que con base en ese precario esquema de cooperación público-privada pudieran irse forjando unos tejidos proclives a desatar energías y “espíritus animales” que empezaran a enderezar la nave del crecimiento, hoy encallada.

La urgencia no requiere de mayor hipérbole: sin mecanismos de cooperación, comunicación y entendimiento, no habrá la inversión privada necesaria y, tampoco, el crecimiento productivo requerido, ni el empleo necesario para hacer la vida digna. Tampoco recursos para el Estado y, vuelta a la noria: estancamiento económico y penuria fiscal. La magnitud de esta desventurada brecha es tal, que los simulacros recientes en torno a las finanzas públicas no pueden reputarse más que como maniobras que impiden que nos aboquemos a su estudio y comprensión.



La desproporción fiscal, de la que escribió Enrique Quintana la semana pasada, es una flagrante injusticia fiscal que se despliega en el territorio y la federación. No alcanza para nada y nadie se escapa de esta absurda trama de austeridades que redundan en endeudamientos sin fondo y desaliento burocrático y político.

No hay atajos que permitan sortear este dilema. Determina el ritmo de la economía y amenaza con contaminar el intercambio social y político, acelerado por el vuelco político de 2018. La ansiedad pública aumenta en proporción directa a la emergencia de contradicciones y disonancias que, al parecer, el nuevo grupo gobernante no había previsto.

La degradación de la violencia criminal no parece tener fin. La sensación de abandono y soledad se extiende y la desesperación no alcanza orillas. El anecdotario se ha vuelto recuento cruel e inclemente y para muchos empieza a señalar caos. No es éste el mejor momento para hablar de decadencia, aunque se haga desde la orilla izquierda. Menos después de la cena palaciega con los súper ricos.

La cooperación pública-privada y el compromiso de los que más tienen con la hacienda pública tendría que ser el primer paso a dar. Y hay que hacerlo ya.